



LA SEGUNDA JUVENTUD

FOR
ELLIOT DEXTER, LOIS WILSON y MAY MAC AVOY

N.º 83

30 CLS.

La Novela Femenina Cinematográfica

Director FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Publicación semanal de asuntos de películas

Redacción y Administración:

Diputación 292. - Barcelona

Año II

Nº 83

La Segunda Juventud

Interesante novela,

interpretada por los celebrados artistas

Lois Wilson, May Mac Avoy,

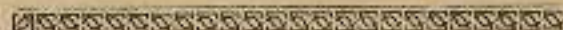
Elliot Dexter, etc.



Paramount Pictures Corporation

Exclusiva de

SELECCINE, S. A.



La Segunda Juventud

Argumento de la película

El doctor Alberto Stanley, muerto en plena madurez, había vivido absolutamente consagrado a profundos y especulativos estudios filosóficos que no le dejaron tiempo para ocuparse de la parte práctica de la vida, y por ello, la familia que había llegado a constituir se encontró, a la muerte del Doctor, casi sin ningún recurso económico.

A más de dos hijos gemelos, de distinto sexo, que por su corta edad no tenían aún un concepto claro de la vida, el doctor Alberto Stanley dejó al morir una viuda relativamente joven, sin más recuerdo de sus veinte años de matrimonio que el de una vida de esclavitud exenta de penas y de alegría. Esta mujer se llamaba Rosa y era hija de un viejo colono español.

En la casa donde ella habitaba, comentaban las vecinas lo que hacía aquella mujer joven y abandonada del mundo, en su nueva existencia de viudez.

—¿Cómo se arreglará esta pobre viuda para mantenerse y mantener a sus hijos? ¡Qué triste será

para ella el día que tenga que dejar esta casa donde ha vivido tantos años!

—Sí; no hay duda de que será muy triste, pero nosotros no podemos remediarlo.

Un poco por compasión, y un poco también para alimentar su sol murmuradora, dos vecinas, las más entrometidas y habladoras del barrio, visitaban con frecuencia a Rosa. Ella les contaba su situación y les mostraba la biblioteca del doctor, una colección de libros de filosofía que odiaba con toda su alma.

—¿Qué va usted a hacer con tanto libro?

—Voy a regalárselos a la Biblioteca Pública.

Las dos mujeres se miraron, sorprendidas.

—¿Regalar los libros de su marido a una Biblioteca?

—¿Qué quieren que haga con ellos? — contestó Rosa, con desenfado—. Si les gusta alguno, pueden ustedes llevárselo y guardarlo en recuerdo de mi esposo.

Francamente, si fueran libros amenos, de literatura, entonces, quizás aceptarían su obsequio...

—Lo comprendo. Tienen ustedes los mismos gustos que yo.

Parecía importárselo poco la pérdida del doctor. Y las cosas que habían pertenecido a aquel hombre las miraba con la frialdad de la indiferencia.

Cuando las dos vecinas se despidieron, en la escalera comentaron la actitud poco melancólica de la señora.

—No me parece que está muy afectada a pesar del breve tiempo transcurrido desde la muerte de su marido.

—No tardará mucho en buscarle sustituto. Créame usted.

—Me inclino a pensar lo propio.

Acababa de llamar al piso de Rosa un viejo indiano español, José del Río, padre de la viuda, que en viaje de negocios, antes de reintegrarse a su pue-

blo, había querido pasar unos días con ella y estudiar y ver por sus propios ojos su nueva situación que él procuraría remediar.

Padre e hija se confundieron en estrecho abrazo. Para Rosa, era su padre, el único hombre a quien había querido realmente en su vida.

—¿Si vieras qué alegría tengo al verte conmigo!

—Salí del pueblo con rumbo a Nueva York, pero pensé que mi Rosa estaría un poco triste estos días, y me dije: voy a detenerme allí para darle un abrazo... Y aquí me tienes, hija mía.

—Yo te lo agradezco mucho, papá. Mira, estoy "limpiando" toda la casa, los libros, los muebles viejos, este cuadro tan horrible.

Y señalaba una pintura extraña, algo tétrica y apagada, que la ponía de malhumor.

—Hace veinte años que estoy viendo ese cuadro, y cada vez me gusta menos.

—Lo comprendo, Rosa, lo comprendo. Pero hablo-mos de lo que piensas hacer, porque supongo que-rrás comprender una vida nueva, y has de preocuparte de tus hijos.

—Son mi verdadera obsesión, papá. Con Stanley no pudimos ahorrarnos nunca un centavo y ahora, los chicos tendrán que renunciar la idea de ir al colegio y habrán de lanzarse al trabajo en cualquier cosa.

—No te apures. Encontraremos remedio para todo.

Llegaron los dos hijos a la sala: Lucía y Roberto. Lucía era una criatura simpática, una niña casi, adornada con las galas del amanecer de su juventud. Roberto era un buen mozo, cuyos ojos destellaban con los fulgores de la energía.

—¡Oh, abuelo!

Le abrazaron y le llenaron de besos, de caricias. Pero en el alma de los dos hermanos vivía la preocupación y una cierta protesta contra mamá. ¡Ay!

Todo en la casa estaba revuelto. Y en un rincón los libros, los cuadros, los objetos que habían pertenecido al padre y que Rosa parecía tener un especial empeño en abandonar.

—Vamos, hijos... a trabajar... Lucía, ayúdame a ordenar los libros... Y tú, Roberto, descuelga ese cuadro.

—Pero, mamá — protestó Roberto —, ¿no te acuerdas de que se lo regalaron a papá entre varios amigos? ¿Qué dirían si se enterasen?

—No han de saberlo. No quiero cosas tristes en mi casa. Y ahora, enpaquetad los libros. Voy a regalárselos a la Biblioteca Pública.

Los dos chicos obedecieron a regañadientes, preguntándose en voz baja qué le pasaría a mamá. El abuelo parecía meditar, lanzando al techo las bocanadas de su cigarro. Roberto exclamó, sin poderse contener:

—Mamá, acuérdate de que a papá no le gustaba que se fumase en casa.

Una terrible mirada de la madre le hizo enmudecer. ¿Cómo se atrevía a hablar de aquel modo?

Continuaron en la casa los preparativos para marcharse. Era menester trasladarse a un pisito más modesto, en relación con su nueva manera de vivir. Rosa pensaba dedicarse al trabajo, sacrificándose con la generosidad de todas las madres para que sus hijos pudieran continuar sus estudios.

Pero los muchachos, sin comprender todavía el alcance del gesto materno, no lograban adivinar su ternura. Roberto dijo a su madre, por la noche:

—Oye, mamá, Lucía me ha dicho que cuando nos hayamos marchado de aquí, piensas dedicarte a trabajar... Y eso no, mamá... Tú no has trabajado nunca y no vas a empezar a hacerlo ahora.

—¡Oh, no! — dijo riendo la viuda —. Yo nunca he trabajado... Hijo mío, durante veinte años, mis

compañeros de descanso y de recreo han sido esos platos y esas castañas.

Y le mostró el ajuar de la cocina, un poco contrariada ante la oposición del hijo: ¡Es que, acaso, pensaban que mamá llevó una vida de regalo! No.



—Mamá, acuérdate de que a papá no le gustaba que te fumes en casa.

no. Tuvó que luchar al lado de un marido que jamás se preocupó de los suyos.

Pero los hijos, gente joven, poco avenida a descubrir las intenciones ocultas de los actos, no comprendían que la madre había sido una víctima de su esposo, hombre abstraído en sus filosofías e incapaz de enterarse del precio de los comestibles. Él era muy bueno con sus hijos; ya que no comodidades materiales, les daba caricias y besos a granel. La

única víctima, la verdadera sacrificada era Rosa que comprendía la situación.

Al siguiente día, el padre de Rosa entregó a su hija un cheque de cinco mil dólares para que con ellos pudiera sobrellevar de mejor manera su vida.

—Me han dado un buen poco de dinero por la venta de unos montes de pino — explicaba el padre —. Con ese dinero podrás ir a vivir a Greenville y mudar los chicos a la Universidad.

Ella empezó a llorar.

—Por qué lloras, Rosa? ¿No quieres ir a Greenville?...

—Lloro mi vida perdida, papá. Desde que me casé he tenido que disimular mis aficiones artísticas y literarias; para el pobre Alberto no existía más que la filosofía... Estaba completamente entregado a sus estudios, y todo lo que no fuera pensar en ellos le parecía poco digno de un sabio de su altura...

—No te apures, Rosa, que todavía eres joven... No tienes más que treinta y ocho años, y puede decirse que ahora es cuando empiezas a vivir.

Tenía razón, Rosa quería vivir de nuevo, no se entregaría al pesimismo que destruye los mejores propósitos. No, no. Era madre de dos jóvenes que necesitaban su protección y cariño.

Y ya más serena, más sobre sí misma, se dispuso a abandonar su ciudad para marcharse a Greenville, donde estaba situada la Universidad en la que los chicos iban a comenzar los estudios.



Comenzó para Rosa una existencia diferente. Había encontrado en la Biblioteca de Greenville un empleo de ayudante y la joven viuda podía gozar al fin de una libertad que nunca había disfrutado. Pero había ocultado hasta entonces su nueva ocupación a los hijos que estudiaban con el entusiasmo de los primeros días de curso, en la bella Universidad de Greenville.

Rosa pasaba las tardes en la Biblioteca. Le agradaba su noble empleo, siempre en medio de libros, de las grandes producciones que crearon los genios de la humanidad. Su alma, enamorada de las bellas letras, gozaba en aquella ocupación simpática, en el gran salón lleno de lectores ávidos de las maravillas del arte.

Un joven, Carlos Giddings, profesor de Literatura Española en la Universidad de Greenville, frecuentaba la Biblioteca. Una cordial simpatía había unido a Rosa con el profesor y muchas tardes ella escuchaba conplacida los versos castellanos que recitaba Giddings.

—Qué bien lee usted los versos! — le dijo un día.

—No... Lo encantador es el poema. ¡Escuche usted!

¡Cuán sola está, cuán pobre, cuán cambiada!

Rosa frágil, ajada

En mitad de su alegre primavera,

Bajo el vana recuerdo que la oscila,

aquella flor marchita

¡mi sombra es ya de lo que entonces fuera!

La poesía emocionaba la imaginación ardiente de Rosa; su temperamento de verdadera artista que hasta entonces, junto a un marido áspero, no había tenido ocasión de manifestarse, le producía casi deseos de llorar. —Qué bien escrito estaba aquello!

Irrumpieron en el salón su hija Lucia y un joven alumno interno en la Universidad que "flirteaba" con ella.

Rosa procuró esconderse, temiendo que su hija la reconociera en aquel lugar.

—¡Ay, por Dios; que no me vean!... Mis hijos no saben todavía que estoy empleada aquí... ¡Esa muchacha es mi hija!

Carlos contentó extrñado a la recién llegada y a Rosa, y contestó:

—¡Imposible! ¡Esa muchacha no puede ser hija suya!... Son ustedes como dos hermanas...

—Pues no tenga usted duda de que es hija mía... Y eso que por su manera de ser, no lo parece: no tiene usted idea de lo sería que es.

En efecto, Lucia bromaba con el estudiante, olvidando sus antiguos hábitos de severidad. Tal vez era el amor quien variaba su carácter.

Pero madre e hija estaban destinadas a verse aquella tarde. Lucia se dirigió hacia el lugar donde se hallaba Rosa, vuelta de espaldas, y la llamó para pedirle un libro de consulta. Al reconocer a su madre, dió un grito de sorpresa.

—Pero... ¿tú aquí, mamá? ¡Empleada?

—Ya te dije que pensaba buscar un empleo, chiquilla... Casi me alegro de que hayas descubierto mi secreto... Un día u otro tendrás que saberlo y quien sabe lo que hubieras podido pensar.

—No, mamá; la gente va a decir que Roberto y yo no tenemos derecho a ir a la Universidad, temiendo tú que trabajar para que podamos acabar nuestra carrera.

—¡Bah! — respondió la madre con gesto escéptico — me he pasado la vida esclavizada por ese estúpido "qué dirán" de las gentes. Y estoy decidida a hacer, en adelante, lo que a mí me parezca, sin preocuparme de lo que piensen los demás.

—¡Ay, mamá! ¡Qué buena eres para nosotros! — dijo Lucia, abrazándola.

El profesor se despidió de las dos mujeres. Lucia volvió con el estudiante y la madre continuó en su puesto de labor entre aquellos libros que apasionaban su inteligencia.

Cuando Roberto supo que mamá había aceptado un empleo, intentó por todos los medios disuadirla de aquella ocupación. Pero la madre alegó tales razones, dijo que hacía gustosa su sacrificio para que sus hijos pudieran labrarse un porvenir, que los dos

muchachos acabaron por acostumbrarse a la idea de que mamá fuese bibliotecaria. Además, no era aquello ninguna ocupación fatigosa; Rosa solía cada vez más contenta de su empleo, entre los estantes de libros que esparcían su noble serenidad.

Algo más que los libros daba la dicha a la anti-



—¡Ay, mamá! ¡Qué buena vez para nosotros!

gna vida de Stanley. No era únicamente el amor a la literatura lo que le hacía apreciar sus antiguas vestidos negros y buscar otros trajes claros que armonizaran con su alegría interior. No era para agradar a los autores de las viejas obras por lo que Rosa embellecía su rostro con todas las suavidades misteriosas que guarda el tocador de una mujer. Existía la emoción... de un hombre.

Era Carlos Giddings, el profesor, hombre de unos

treinta y tantos años, simpático y agradable, que se sentía atormentado a su vez por un recuerdo femenino.

El niño amor, el Cupido que lanza las flechas de su carcaj con los ojos cerrados, burlando a capricho, había atravesado con doble acero los corazones de Carlos y de Rosa. Sin habérselo dicho nunca, se sentían atraídos mutuamente; y cuando leían un libro de amor, les parecía que aquellas frases habían sido escritas expresamente para ellos.

Pasaron algunos meses hasta llegar la primavera y con ella, el final de curso.

Carlos acompañaba muchas tardes hasta la puerta de su casa a Rosa, cada vez más enamorada del profesor. Hablaban de mil cosas (triviales y serias) y sus corazones iban acercándose con esa pasión intensa de los amores que llevan ya el signo de la madurez.

Nunca me invita usted a entrar en su casa... le dijo Carlos un día... ¿Acaso su hija le prohíbe recibir visitas?

—De ningún modo, por Dios... Ha sido... ¿qué sé yo! Un olvido imperdonable de mi parte. Voy a remediar mi omisión... ¿Quiere usted venir el próximo viernes a tomar el té?

—De mil amores, señora... Y verá su nido que debe ser tan agradable como su dueña.

Se estrecharon las manos temblorosas, como novios que se dijeran por primera vez la confesión de su amor.

—Adiós, Rosa... Crea que siempre estoy pensando en usted.

—Adiós, Carlos...

La vida sentía algo inexplicable, algo misterioso en su corazón. ¡Oh! Sería aquello el amor, que ella nunca había podido gozar y que en algunos libros de su biblioteca los grandes poetas expresaban "como lo más hermoso, lo más bello de la vida"?

Subió a su casa, transportada de júbilo. Y su primer anhelo fué mirarse en la luna de su tocador y observar su rostro preguntándose si aún era posible que pudiera agradar a un hombre tan simpático y buen mozo como Carlos. No, no se encontró vieja. Fué acaso la ilusión de lo que presentía iba a ocurrir, el amor que veía retratado en los ojos de Giddings, fué realmente que su cutis se mantenía fresco y suave, pero quedó satisfecha de su observación.

¡Bah! Después de todo — se dijo —, no tienes más que treinta y ocho años.

Y se consideraba feliz y sentía en el alma toda una juventud que le parecía iba a ser eterna. Ella nunca supo lo que era amor... Había llegado a la plenitud de su vida sin experimentar esta sensación inexplorable, alegre y triste, que hace que el mundo continúe su renovación. Su marido había sido un compañero indiferente con quien jamás le unió un vínculo cordial. No le fué nunca infiel, porque tenía bastante dignidad para no caminar por senderos perminosos. Pero... ahora... ahora era distinto. No pertenecía a nadie y su posible cariño tenía todas las garantías de una legalidad perfecta.

Y este anhelo de su espíritu se transparentaba en todas las cosas que la rodeaban... El aspecto de su casa iba transformándose poco a poco. Su sobria y respetable mobiliario aparecía ahora cubierto de colores alegres y chillones.

Tal cambio en sus costumbres maravilló a sus hijos que le preguntaron a qué obedecía todo aquello.

—Hijos míos, cubiertos así se conservarán siempre como nuevos estos muebles.

Roberto y Lucía contemplaron las habitaciones transformadas por la gracia suave del amor.

No están mal — repuso Lucía —, pero el color me parece demasiado chillón para nosotros.

Luego advirtieron que también se habían efectua-

do sustituciones; algunos objetos, pájaros disecados, adornos bobos, cuadros de mal gusto, desaparecieron de su lugar habitual para ser relevados por pinturas alegres, artísticos bustos, jarrones que esparcían el encanto de sus flores perfumadas.

—Sin embargo — se atrevió a manifestar Roberto —, yo no hubiera quitado el cuadro que regalara a papá sus amigos.

—Aquello es un manuscrito; podéis tirarlo o quemarlo, si queréis, pero quitádmelo de delante, que no quiero volver a verlo.

—Papá no hubiese consentido jamás este cambio — protestó Lucía.

—Vuestro padre y yo pensábamos de muy distinta manera en muchas cosas; y ahora, pienso llevar la casa como a mí me da la real gana.

Y mirándose mutuamente, salió del salón, dejando estupefactos a los dos jóvenes.

—Roberto, ¿has oído qué manera de hablar tiene mamá?

—Es incomprendible lo que pasa. Mamá es otra; tiene otros gustos, otra manera de pensar. ¿Qué le habrá ocurrido?

Y ninguno de ellos lograba adivinar la realidad. ¿Cómo iban a suponer que su madre estuviese enamorada?

Habiendo declarado su absoluta independencia, la joven viuda se dispuso a luchar por su felicidad.

Llegó el viernes, día señalado para la pequeña reunión. El pretendiente de Lucía, había sido invitado a la fiesta. También se hallaba Clara, una compañera de la Universidad, por quien Roberto comenzaba a sentir cierta ilusión amorosa.

Pero la llegada del profesor Carlos Giddings fué la nota sensacional de la tarde. Los cuatro estudiantes se mostraron disgustados, cohibidos ante la presencia de aquel señor que podía suspenderles en los próximos exámenes.

Pero Carlos apenas reparó en los muchachos. Lo que le interesaba era la viuda, simpática mujer que adoraba en silencio.

Tomaron el té, y los jóvenes abandonaron el salón, no sin antes dirigir Lucía y Roberto, a su madre, sendas miradas furibundas. La intimidad conque ha-



El pretendiente de Lucía había sido invitado a la fiesta.

blaban, les hizo sospechar, si el profesor estaría enamorado de mamá.

Los dos hijos habían aparecido distraídos durante toda la reunión. Estaban malhumorados, violentos. La única que relaja, la que conservaba una gracia alada de mujer joven, era Rosa, cuya voz tenía vibraciones de felicidad.

Se habían invertido los papeles. Roberto y Lucía

parecían representar la seriedad, una seriedad melancólica de gerdes sumidas en bondas preocupaciones; la viuda era, en cambio, la juventud, la amabilidad graciosa y elegante que se acompañaba con la dulzura de la palabra y la expresión de las pupilas.

Cuando Rosa y Carlos quedaron solos, la primera exclamó:



Tomaron el té...

—¡Ay! ¡Adivino que mis hijos están horrorizados. Sin duda, les parece que mi conducta no es propia de una viuda de mi edad.

—No debe usted pensar en su edad. Yo cada día la encuentro a usted más joven. La primavera es a veces algo tardía, y usted está entrando ahora en la primavera de su vida.

—Aunque me sienta joven de alma, los años exis-

ten, amigo mío. Y además, estoy ligeramente preocupada; mis hijos me miran con seriedad.

—¡Sus hijos! ¿Por qué se sacrifican usted tanto por ellos? Usted también tiene derecho a la felicidad, señora, y si yo... le dijera a usted...

—No, no; hoy no. Si vinieran mis hijos...

Carlos se despidió de su enamorada y de Roberto y Lucía que fueron a saludarle con respeto y temor.

Pero apenas había salido el profesor, Lucía se dirigió a su madre y en forma brusca le dijo:

—¿Oh, mamá! ¡Cómo has cambiado! ¡Esto es terrible!

—Nadie puede censurarme por mi actitud, hija mía. Estaba cansada de sufrir y de resignarme. Creo que la vida es esto, un poco de alegría a nuestro alrededor.

—Me duele ver que no respetas los gustos de papá, que te ríes de las cosas que pertenecieron a él, que has transformado toda tu vida...

—Pues mira, hija mía, todo eso lo hago por ti y por tu hermano. Si siguiera inculcándoles los gustos y las aficiones de nuestro padre, acabaríamos por perder nuestra juventud, como perdí yo la mía.

—Roberto y yo estamos muy disgustados, madre, tanto que ya no quiero asistir al baile que el día diez se da en la Universidad.

—¿Por qué no, hija mía? Me darías un disgusto enorme, si no fueras. Recogeremos tu mejor vestido, estarás muy bonita y todos te cortejarán.

—No quiero ir, no, no.

—Anda, Lucía, sé obediente como antes: tu mamá quiere vuestro bien, nada más que esto.

Lucía no se atrevió a preguntar lo que insistentemente llegaba a sus labios. ¡El profesor Giddings, se quería casar con mamá! Y calló por aquella vez, cediendo finalmente, con verdadera resignación, a ir al baile de gala, uno de los mayores acontecimientos que se registraban en Greenville.



Los salones de la Universidad aparecían radiantes de la juventud que se entregaba con verdadero entusiasmo a la asignatura... del baile.

El rector y algunos profesores recibían en el vestíbulo a los invitados.

Roberto y Lucía fueron de los últimos en llegar. El joven dirigióse inmediatamente a bailar con su compañera Clara, a la que había prometido todas las danzas de aquella noche. Lucía se vió asediada por el estudiante Sidney Johnson y se perdió con él entre el oleaje luminoso de la fiesta.

Mientras el baile adquiere todo su apogeo, allá en su hogar, la viuda de Stanley pensaba en los días tristes de su pasado y en los que el porvenir le tenía reservados.

Sonó el timbre de la puerta, y se levantó a abrir, pensando quien podría llamar a deshora.

—¿Usted? — dijo sorprendida al reconocer a Carlos Giddings.

—Sí, yo. Que soy como un Hada que viene a buscar a la Cenicienta para llevarla al baile.

—Oh! No es posible. A mi edad.

—Estará usted más hermosa que ninguna. Vístase, quiero que vea usted lo que pudo ser su primera juventud.

—Es imposible, Carlos. Además no estoy preparada.

—La aguardaré cuanto tiempo sea preciso. Pero no me prive de la alegría de esta noche.

—¿Carlos! ¿Qué será que me convence usted siempre con sus palabras? Bien, iré, iré; acaso no haya visto tres veces un baile en mi vida.

No tardó mucho tiempo en arreglarse. Y cuando apareció de nuevo, radiante y hermosa, Carlos no pudo reprimir un gesto de admiración.

—¡Oh, Rosa! Yo creo que será usted hoy la reina de la fiesta.

—Déjese de bromas, amigo mío. Créame que estoy temblando por lo que dirán.

—No se preocupe. Salgamos.

Y media hora después, el rector de la Universidad estrechaba la mano de la viuda. Rosa aparecía confundida, temiendo encontrarse a sus hijos que reprocharían su conducta.

Lucía, acompañada de su pretendiente, paseaba por los salones. Se había negado a bailar, explicando que "papá" era enemigo del baile. Iba distraída con Sidney cuando reconoció a su madre, que paseaba acompañada del profesor Giddings. Su sorpresa fue extraordinaria. ¿Cómo su madre se encontraba allí?

La abordó en el preciso momento en que Rosa contestaba a Carlos con una delicada sonrisa.

—No sé bailar. ¡Si hace más de veinte años que no he bailado!

—Mamá, ¡me figura que no bailarás! — interrumpió Lucía sin poderse contener—. Pero ¿cómo has venido sin decirnos nada? Podíamos haber ido juntos.

—No sé, Lucía. Ha venido Carlos y me he decidido a ir con él. Esta noche me siento más dichosa que nunca. Soy tan feliz como las jóvenes. Miré, Carlos, vamos a bailar.

Y dejando a su hija que la contemplaba con ojos estúpidos, bailó con el profesor, con una jovialidad encantadora.

La hija creía estar viendo visiones. ¡Pero parecía imposible! La antigua viuda Stanley, tan seria, tan melancólica, bailando como una muchacha, sin respeto a la memoria de papá, sin reconocer que ni su edad ni su estado eran a propósito para aquellas diversiones reservadas a la juventud.

Sidney estalló en unas carcajadas y dijo:

—¡Parece que a tu madre no le disgusta el baile tanto como a tu padre!

—No quiero seguir aquí. Acompáñame a casa, te lo ruego. No me encuentro muy bien.

Estaba demacrada, pálida. Lloraba de rabia al ver a su mamá bailar, como una jovencita, en el salón. ¡Y todo eso acabaría en casamiento! Aquel profesor de español, con sus vicios románticos había transformado a la viuda, cambiando por entero su carácter.

Sidney intentó consolarla:

—No te enfades, chiquilla. Serénate... tengo mi canoa en el lago... ¿Quieres venir a dar un paseo? El aire de la noche te sentará bien.

Ella se dejó llevar, casi sin fuerzas. Se encontraba abrumada. ¿Por qué nunca hacía todo aquello?

La noche era tan hermosa, que, inconscientemente, se serenó su ánimo. Brillaban las estrellas como rosas de luz, y su reflejo se esparcía sobre las aguas del lago, como un manto plateado.

La canoa se deslizaba tranquila, suave. Sidney comenzó a cantar y propuso a la muchacha. ¿Qué bonita era su enamorada Lucía! Y la iba diciendo, como un rumor de música:

—Te quiero, Lucía, te quiero...

Ella callaba, preocupada por el asunto de mamá. Y el entusiasmo del joven crecía. No se acordaba ya de que dirigía la barca, y distraído, sin otra ilusión que la del amor, no pudo evitar el choque de la canoa con un gran palo de madera que flotaba como una boya.

La barquita quedó medio destruida. llenándose rápidamente de agua con peligro de irse a fondo. Por fortuna lograron llegar a la otra orilla, no sin recibir el remojón correspondiente.

Lucía temblaba, tiritando toda su carne bajo la ropa calada cuya frialdad le llegaba a los huesos.

—¡Ay! ¿Cómo voy a presentarme así? ¿Qué va a creer mamá cuando me vea?

—No te preocupes, chiquilla... Pero estás tirando de frío...

—Quiero irme a casa inmediatamente.

—Criatura, si te vas, cogerás una pulmonía...

—Pues, ¿qué quieres que haga, entonces?

—Como todos están en el baile, en los dormitorios no habrá un alma. Ven conmigo a mi cuarto y te enseñaré la ropa...

—Si me descubriera alguien, qué horror...

—¿Quién quieres que te vea, mujer? Además, es cuestión de breve rato. No perdamos tiempo.

Marcharon las dos hacia el cuarto que en la misma Universidad tenía Sidney como alumno interno. El joven encendió la chimenea para que Lucía entrara en reacción. Luego le mostró una pieza contigua donde ella pudiera cambiar de traje. Le dejó su albornoz para que le sirviera de abrigo.

Mientras tanto, la viuda Stanley y Carlos habían dejado de bailar y paseaban por el jardín.

—Temo que a Lucía le haya contrariado de veras verme bailar...

—En tal caso, demostraría ser una egotista. Y no creo que tal sea su conducta.

Se sentaron en uno de los bancos, respirando el olor de mil flores invisibles.

Rosa aparecía contenta y los perfumes llenaban su cuerpo de cordiales optimismos. Carlos la miró en silencio y murmuró suavemente:

—¿La ha llamado a usted alguien preciosa, alguna vez?

Rosa sintió latir su corazón con violencia.

Rosa... ha pensado muchas veces en este momento... Yo la quiero a usted, siento por usted todas mis ternuras de hombre solitario que no ha amado todavía nunca.

Ella callaba, invadida de rubor, como una colegia-

la que por primera vez se turbaba ante una declaración amorosa.

—¿No me responde usted?... ¡Oh, Rosa! No juegue conmigo... Quiero una respuesta pronta. Ni usted ni yo estamos ya en edad de esperar. Debemos decidirnos. No podemos jugar con la vida como si tuviéramos veinte años...

—Carlos... así... esta noche... no puedo contestarle... Pero le prometo que mañana, mañana le responderé...

—¿Y puede adelantarme su decisión? Crea que estoy pendiente de ella.

—No... no... he dicho "mañana"...

Y mientras departían de tal guisa, ella escribiendo una respuesta categórica, él buscando el sí lleno de promesas, allá cerca, en otro banco del jardín, Roberto, el hijo de la viuda, le decía a Clara, la compañera de estudios, todo el amor que su corazón joven sentía...

—Te adoro, Clara... Y en prueba de mi cariño quiero que te pongas sobre el pecho mi distintivo de la Universidad... Es lo más grato que tengo y te lo doy.

—¡Oh! Roberto... yo también te amo... te amo mucho...

Se decían su amor, sin reservas, sin tener que consultarlo unas horas con todo el perfume grato y dulce de su juventud... No se complicaban la vida, se adoraban con una ingenuidad amable.

De pronto, Roberto distinguió a su madre con el profesor y sorprendido se encaminó hacia ella.

—¿Cómo has venido, mamá?

Rosa aparecía turbada.

—Nada... hijo mío... He querido ver con mis propios ojos vuestra fiesta. Supongo que no me censurarás...

—¡Oh, mamá!

Pero no se atrevió a interrogarle sobre la presencia

de Carlos con ella. ¿Sería verdad lo que ellos sospechaban de que mamá quería casarse de nuevo?

— Dime... — dijo la viuda—. ¿Has visto por casualidad a Lucía?

— No...



— ¿Puede adelantarme su decisión? Crea que estoy pendiente de ella.

— ¡Es extraño!... Dede haerse marchado... Yo me voy a casa, allí la encontraré...

— ¿Quieres que te acompañe?

De ningún modo. Tú sigue aquí con Clara y tus amigos...

Encontraba violenta la situación. Desesha marcharse cuanto antes. Probablemente, Lucía, disgustada se habría marchado a su hogar y era necesario explicarle su conducta. Además, la atormentaban

aún las palabras de Carlos; quería meditar sobre ellas; necesitaba dormir algunas horas.

Y despidiéndose de todos salió. Pero al llegar a casa, vió que su hija no estaba allí en ella. ¿Dónde se habría metido?

Mientras tanto, Carlos Giddings, con el Rector de la Universidad, daban una vuelta por el parque, comentando el extraordinario éxito de la fiesta. Lentamente pasaron ante el pabellón donde estaban las habitaciones de los alumnos, llamándoles la atención el ruido de una ventura iluminada, tras cuyos cristales aparecía la sombra de dos cuerpos, muy juntos, y uno de ellos tenía la silueta de mujer.

— ¡Demonio! — exclamó el Rector, estupefacto—. No veo bien sin mis lentes, pero, si no me engaña, aquella sombra es la de una muchacha...

— ¿Quiere usted decir?

— Vaya a lo es! Aguarde usted. Yo voy por la escalera a sorprender a esos tórtolos.

Al quedar solo Carlos, cerca de la ventura, una sospecha cruel le hirió el alma. Espíritu de paz, pensaba que tal vez una muchacha inocente había dado oídos a las palabras turbadoras de algún estudiante atrevido... Pronto saldría de dudas... antes de que el Rector entrara en el cuarto.

Se encaramó por el muro y abrió a la ventura con tal insistencia, que Sydney que se hallaba con Lucía en la habitación, sintió que un temblor nervioso agitaba su cuerpo.

Los dos jóvenes llevaban un buen rato en la habitación. Se habían serado ya las copas de Lucía y ésta, vestida de nuevo en la contigua pieza, se disponía a volver a los salones de baile. Sydney se portó en todo momento como un verdadero caballero. Es cierto que algunas veces estuvo tentado de estrechar entre sus brazos a su adorada y besar la rosa de su boca, tan fresca y llena de promesas... Pero... no se atrevió, consideró que su conducta no

armonizaba con su actitud noble hasta entonces y prefirió que ella conservara siempre el buen recuerdo de la esbulleridad de su novia.

Abrió la ventana y se llenó de palidez al ver quien entraba en su cuarto. Nada menos que el profesor Carlos Giddings.

Carlos miró a la mujer y al reconocer a Lucía no pudo reprimir un sentimiento de disgusto. La hija de Rosa en aquel lugar...

El Rector va a llegar dentro de un minuto... ¿Cómo está Lucía con usted?

— ¡Oh! — protestó ella —. No piense usted mal... Yo quisiera explicarle... Estábamos en el río...

— Bueno... no perdamos tiempo... Si se descubre que ha estado usted en la habitación de un alumno, la expulsarán de la Universidad y al muchacho eso, también.

— Pues... entonces, ¿qué hacemos? — dijo Lucía, angustiada.

— Végase conmigo...

— Señor profesor — interrumpió Sydney —. Le juro a usted que entre ella y yo...

— Si... sí... pero aunque sean ustedes inocentes, les expulsarán a los dos, si el Rector les encuentra aquí... Ande, decídase...

Y Lucía saltó por la ventana, seguida de Carlos. Al llegar al jardín, le dijo éste severamente:

— Váyase ahora inmediatamente a casa... Yo me encargo de todo...

Y Lucía, aturdida, marchó más que de prisa hacia su hogar.

Mientras tanto, el Rector, daba desaforados golpes en la puerta del cuarto de Stanley. El joven fué a abrir, tranquilo al parecer y sonriente.

— ¿Qué se le ofrece a usted, señor Rector?...

— Quiero ver inmediatamente sus habitaciones. Sospecho que no esté usted solo.

— Por Dios, señor Rector, solo completamente y

aburrido como de costumbre. Acabo de regresar del baile... Puede usted registrar las dos piezas de mi estancia.

Y el Rector pudo convencerse por sus propios ojos de que había sido una ilusión óptica aquella sombra en la ventana.

— Perdone, muchacho, preocupaciones mías... Acaso estos ojos míos que ven visiones...

Y salió después de despedirse afectuosamente de su discípulo. Sydney sonrió por lo bajo... De buena se ha librado... ¡Si no llega a ser el profesor Giddings la cogen en el garlito!

Cuando el Rector bajó de nuevo al jardín, dijo a Carlos que le aguardaba.

— Toda preocupaciones mías, querido amigo... Es indudable que yo sin lentes soy hombre al agua...

— ¿Necesita usted siempre los lentes, señor Rector? — dijo con cierta ironía, Carlos.

— En absoluto... Pero... ¿usted no vió también algo en la ventana?

— No, no.

— En fin, mejor es que no haya sucedido... Pero, vámonos al salón, todavía debe estar animadísimo.

Lucía llegó a su casa y explicó a su madre cuanto le había ocurrido.

— Me ha dado tanta vergüenza verte bailar, que he querido marcharme de tu lado y me he ido con Sydney Johnson a dar un paseo por el lago... Hemos chocado con un obstáculo y...

Explicó sin omitir detalle toda su aventura. Su voz era roncra, agresiva, violenta. Daba la culpa de todo ello a su madre.

— Carlos se ha enterado de todo... Y ahora nos expulsarán de la Universidad a Sidney y a mí... Y tú tienes la culpa de todo... Si no te empeñases en querer imitar a las muchachas y continuases siendo la madre que eras antes, no habría sucedido esto...

Y llena de ira se encerró en su habitación. Poco después llegó Roberto y recriminó también a mamá por haber ido al baile...

La antigua viuda Stanley se sentía dolida por aquellos reproches injustos. ¿Por qué la trataban así sus hijos?... "La madre que era antes". Es verdad, había cambiado completamente desde que Carlos se fijara en ella... Pero debía sacrificarse, debía



—Si no te empeñas en querer imitar a las muchachas, y continuases siendo la madre que eras antes, no habría sucedido esto.

esfuerzo para siempre su vida, sin aspirar a encender de nuevo el fuego de la ilusión?

Pasó una noche de desvelo, de fatiga... Pero al día siguiente se levantó, dispuesta a adoptar una resolución heroica...

Lucía se acordó a darle los buenos días. También parecía anonadada, como si no hubiera podido dormir en toda la noche, pensando en lo ocurrido unas horas antes.

—Mamá — le dijo —, me arrepiento de lo que te dije anoche... Comprendo que fué muy dura contigo...

—No te disculpes, Lucía — respondió la madre con serenidad: tu madre ya no imitará más a las muchachas, como tú decías... Ahora le diré al profesor Giddings que no vuelva a esta casa...

—Oh, mamá!... ¿Es verdad esto? No te casarás otra vez?... Vivirás únicamente para nosotros?

—Sí, hija mía, sí, aunque sólo sea por no verte llorar.

Ya Lucía se sintió feliz, sin considerar lo que costaba aquel sacrificio a la buena madre, cómo perdía lo que constituía toda la ternura de un corazón que no había amado nunca y se sentía por vez primera correspondido con lealtad.

Y Rosa volvió a quitar las fundas a los muebles y a arrimar los objetos de verdadero mérito, los cuadros suaves, que en un momento de entusiasmo había colgado de las paredes. Y puso otra vez las antiguas y horribles pinturas, los pájaros disecados, los objetos que le recordaban la vida pasada, tan abstrusa y melancólica.

Otra vez el hogar perdió su entonación de juventud para convertirse en una mansión silenciosa, monótona y sin alegría...

A media mañana, se presentó Carlos Giddings, elegantemente trajado, esperando apalante la respuesta ofrecida la noche anterior.

Pero ya desde el primer momento, comprendió que algo grave había ocurrido. Vió el rostro severo de Rosa y el triste aspecto que presentaba el ajuar de la casa.

Rosa se encargó bien pronto de desengañarle.

—No puede ser. La he pensado bien y creo que he cometido un error al soñar con una juventud imposible. Pertenezco exclusivamente a mis hijos y para ellos ha de ser toda la ternura de mi alma.

—¿De modo que no puedo tener esperanza? ¡Ah! Es inútil que trate usted de volver a la vida de antes... Yo la quiero y usted también me quiere... ¿Por qué luchar contra esas realidades?

Y como ella permaneciese callada, prosiguió:

—No, Rosa, no. Usted me ama, me ama... ¡Míreme a los ojos! Así... así, a ver si así es usted capaz de decir que no me quiere!

Y la cogió las manos y clavaba sus miradas en lo más hondo de las pupilas de ella. Rosa se turbó, y para librarse de aquella enojosa situación, respondió escuetamente:

—Nada más puedo decirle, Carlos. Hemos acabado...

—¿De modo que está usted decidida a renunciar a su propia felicidad, la felicidad que comenzaba a sonreírle?

—Estoy decidida a renunciar a todo por el amor y la felicidad de mis hijas.

—No hay derecho a sacrificar nuestras vidas en aras del egoísmo de un par de moceros — dijo Carlos, con indignación.

Levantóse. Saludó irónicamente a la viuda Stanley y abandonó la estancia.

Topóse con Lucía a la que miró con severidad y le dijo:

—Tengo que hablar con usted, señorita... Pase usted mañana por mi despacho.

Y marchó hacia la calle, dispuesto a defender por todos los medios el amor de Rosa.



A la mañana siguiente, Lucía, toda asustada, temiendo se complicaran las cosas en perjuicio de ella, visitó al señor Giddings.

El profesor podía apenas disimular su ira.

Señorita: la he llamado para afixar su conducta con su madre... Usted no se da cuenta del mal que

está causando... Tal vez, cuando ya no haya remedio, quiera usted retroceder en su camino.

Ella quiso disculparse... ¿A qué se refería el profesor? A lo ocurrido en el cuarto de Stanley?

—No; sabe usted muy bien a qué me refiero. ¿Por qué quiere usted que su madre no pueda buscar un nuevo amor, honrado y puro? Ella es joven; no tiene más que treinta y ocho años, y usted se empeña en convertirla en una vieja como esta.

Y le mostró el retrato de una anciana de su familia, una mujer apergaminada por la edad.

Lucía callaba, sin ánimo para defender su conducta.

—Piense usted, Lucía, que usted y su hermano se casarán quizá pronto, y que se irán ustedes cada uno por su lado... Y su pobre madre se quedará sola, completamente sola... y ella lo hará con gusto por la felicidad de ustedes... ¿Que así son las madres, aunque los hijos sean ingratos?

—Pero, señor Giddings, créame usted que si me he opuesto a las pretensiones de mamá, ha sido quizás por quererla demasiado, por miedo de perder su cariño.

—No es miedo, amiga mía, sino egoísmo... Yo quiero a su madre y ella me quiere. ¿Cree usted que tiene derecho a condenarnos a los dos a una vejez triste y solitaria?

Y poco a poco las palabras apasionadas del profesor hicieron mella en el ánimo de la joven. Al fin se dio cuenta Lucía de que para el verdadero amor no hay edades, y de que para todos puede haber una segunda juventud.

—Oh, es verdad, señor Giddings! ¿Por qué llegó mi egoísmo hasta el extremo de sacrificar a mamá de esta manera? Ya que por mi culpa sufrieron ustedes, quiero ser yo quien los reconcilie. Pero quisiera pedirle antes un favor.

—Lo que usted quiera, Lucía.

—Que nada dijera usted de lo ocurrido la noche del baile.

—¡Por Dios, Lucía! Esto quedará eternamente en secreto. Nadie sabrá nada.

—Se lo agradeceré con toda mi alma, señor Giddings.



—Tú has sido siempre con mamá un pedante insupportable y un egoísta, y es necesario...

—Adiós... hija mía.

Lucía salió transformada de casa del profesor. Y al llegar a su hogar, le dijo a Roberto, con voz atropellada:

—Hermano, Tú has sido siempre con mamá un pedante insupportable y un egoísta, y es necesario que los dos pongamos cuanto esté de nuestra parte para hacerla feliz.

Y le contó lo hablado con Carlos y sus palabras emocionaron a Roberto que comprendió la fealdad de su conducta.

Aprovechando que mamá estaba ausente, volvieron a arrinconar las cosas viejas y por segunda vez aparecieron los objetos preferidos por la buena madre. Y cuando esta llegó y preguntó a qué obedecía aquel inesperado cambio, le dijeron:

—Fue la madre mejor del mundo... y también la más joven y más guapa que existe. Y hemos querido que nuestro hogar estuviera embellecido como te mereces. ¡Oh, mamá, siempre sacrificada por nosotros! ¡Oh, mamá buena, somos nosotros que queremos que te cases con Carlos Giddings!

Y fue así como de esta manera la madre sintió renacer su corazón. Y aquella tarde, Carlos se presentó en la casa para esperar la anhelada respuesta y sellar de nuevo su amistad con Roberto y Lucía.

—He venido a pedir perdón a estos muchachos por haberles llamado morosos y egoístas... Y son dos excelentes hijos que quieren entrañablemente a su madre.

Volvía a esmar la dicha. Y esta vez, cuando Carlos dijo a Rosa:

—Te adoro, Rosa, te quiero. ¡Y tú, me quieres?

Escuchó la voz de ella que temblaba:

—Carlos... mis hijos ya te quieren como a un padre. Y yo... te amo...

FIN

Revisada por la censura gubernativa.
Prohibida la reproducción.

En esta novela exige usted la postal-obsequio de
IRENE RICH

PRÓXIMO NÚMERO:

La magnífica novela

SECRETOS DE ORIENTE

por la bellísima Dorothy Dalton

Postal-regalo: LEWIS STONE

32 páginas - Numerosas fotografías

La Novela Femenina Cinematográfica

Sale todos los viernes: Precio: 30 cts.

A los exits de

La "Poupée" de París
y El Abanico de Lady Windermere

acaba de salirse el de

POR LA PATRIA

último número de

Los Grandes Filmes

de "La Novela Semanal Cinematográfica"

Próximo número: Acontecimiento:

AMOR DE PADRE

por Len Chaney, Norma Shearer
y William Haines

IMPORTANTE:

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. En, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneos desembolsos, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.
Borbón, 10, BARCELONA. Ferraz, 31, MADRID. Ferrucarril, 20, LEON